

Julio Muñoz Gijón @Rancio



# La profecía del MALAJE

Una nueva entrega de la saga de  
«El asesino de la regañá»

Vuelven los inspectores Jiménez y Villanueva en una nueva y desternillante entrega de la saga de *El asesino de la regañá* y *El enigma del evangelio «Triana»*, escrita por Julio Muñoz Gijón @Rancio.

Malaje. (De mal ángel.) 1. adj. Dicho de una persona: Desagradable, que tiene mala sombra (Fuente: RAE).

Los inspectores Jiménez y Villanueva se huelen que la cosa no está para bromas. Todo el mundo parece estar loco detrás de «la sagrada lanza» con la que Longinos hirió a Cristo –solamente falta Indiana Jones–. Pero los dos detectives saben que tras el robo de este objeto hay algo más... un plan diabólico que les llevará a un infierno muy particular.

Mientras, un hombre calvo, extremadamente delgado, muy casposo, con pinta de malaje, espera en una mugrienta estancia que huele a palomas e incienso... Y todo el mundo sabe lo que es un malaje, pero si este se empeña en dar lo mejor de sí mismo es capaz de sacar a la luz al peor de todos.

*A Cristi, Emi, Rufo, Diego, Luis, Kike, Charlie, Dani P. y Dani Gamero por ser las 9 personas que siempre leen primero mis borradores y me los mejoran.*

*De todos, en especial, a Dani Gamero, por darme buenas ideas, quitarme malas y para que nunca me escriba ninguna carta.*

*A Carlos y todos los amigos de Magma por dejarme escribir esta novela allí. Eso sí, hubo momentos en los que pasé canguelillo con aquello tan grande solo para mí.*

*«Sevilla es el lugar en el que el diablo se siente más a gusto».*

SANTA TERESA

*«Malaje: Dicho de una persona, desagradable, que tiene mala sombra.  
Procede de la contracción de las voces "mal ángel"».*

REAL ACADEMIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

## UNO

Unos cincuenta turistas escuchan atentos a un guía de pelo cano delante de una casa del barrio Santa Cruz. Lleva una camiseta en la que se lee «Sevilla *Ghost*» y un signo de los Cazafantasmas. Habla por un micro de diadema.

—Y aquí tenemos uno de los misterios menos conocidos de la ciudad de Sevilla. Por favor, fijaos atentamente en esta casa. Estamos en la plaza de Alfaro, en pleno corazón del barrio Santa Cruz, uno de los lugares más turísticos de la ciudad. Sin embargo, son pocos los que se fijan en que esta casa tiene una reja distinta en cada una de sus ventanas. Ninguna es igual a otra.

Los turistas giran sus cabezas tras escuchar la traducción simultánea en sus auriculares y comienzan a señalar las rejas y comentar entre ellos en varios idiomas. El guía continúa y se acerca a una.

—De las catorce que hay, la más llamativa es esta, la conocida como «La Reja del Diablo».

La atención de todos se centra ahora en una reja de barrotes de hierro que forman cuadrados. El guía la toca.

—Los barrotes no están ni soldados, ni atornillados, ni pegados... De algún modo, imposible de entender, se han retorcido de una manera sobrenatural. Como si el hierro fuera blando y se pudiera moldear.

Los turistas están perplejos.

—Ningún herrero del mundo ha sido capaz de explicar cómo se forjó esta reja, ni quién lo hizo. Es imposible incluso con las técnicas de hoy en día. Por eso, porque la

única explicación es que el mismísimo demonio quisiera encerrar algo aquí y hubiera retorcido los barrotes de metal... Se la conoce como «La Reja del Diablo».

Los turistas se quedan en silencio. Uno levanta la mano.

–Sevilla es una ciudad muy vinculada a la religión, ¿no? ¿Hay muchas referencias al mal aquí?

–Bueno, te puedo asegurar que un agosto en Sevilla es lo más cercano al infierno que hay en la tierra.

Todos ríen. Pero el guía cambia el gesto.

–Hay rastros, sí. Piensa, por ejemplo, en Belcebú. Es uno de los nombres que se le da al Anticristo, ¿verdad? Ese nombre aparece en el Antiguo Testamento original como «*Baal Zebub*», que podríamos traducir como «El príncipe de las moscas». Pensad en las moscas como símbolo de enfermedad, dolor, miseria... muerte.

Los turistas escuchan sin pestañear.

–Ahora vamos a Sevilla. El nombre de Sevilla nace de cómo los musulmanes pronunciaban su designación romana, *Hispalis*, que a su vez viene del nombre fenicio *His Baal*.

Todos callan.

–Encontramos en el origen del nombre de la ciudad la misma palabra «*Baal*», que veíamos en Belcebú.

Otro de los turistas no reprime su curiosidad.

–¿Y qué significa *His Baal*?

El guía se pone sombrío.

–«La ciudad del Príncipe».

En ese momento, las campanas de la catedral comienzan a redoblar sin parar.

## DOS

Comisaría de Sevilla. En una sala de reunión, los policías están esperando y hablan entre ellos. El inspector Villanueva mira al agente Jiménez que está de pie, contando algo, mientras los compañeros tienen una sonrisa en los labios.

—Ese nota tieso... pero tieso, tieso. Buscando trabajo desesperado y ya no sabe a dónde ir. Total, que va a un zoo. Se encaja allí, pide hablar con el director, y el director pues le recibe. «Bueno, pues dígame usted, ¿qué le pasa?». Y el hombre que se derrumba y empieza: «Mire usted, que yo estoy tieso, pero tieso, fíjese si estoy tieso que en la Feria pierdo a los niños queriendo para tener una caseta a la que ir».

Todos se ríen. Jiménez sigue.

—«Que tengo dos criaturas que comen más que un alcalde nuevo y necesito un trabajo como sea, por favor». Total, que el dueño del zoo le dice: «Pues mire, no se lo va a creer usted, pero hemos tenido una baja justo hoy». Ese hombre que se vuelve loco de contento. «Ay, no me diga, qué cosa más grande, ¿y de qué es el trabajo?». «Pues mire, aquí en el zoo es que estamos tiesos también y como no tenemos dinero para comprar un mono, pues teníamos a un hombre disfrazado. Nosotros le damos el disfraz, los plátanos... todo. Usted se viene en el horario del zoo y hace ahí sus monerías con el traje. Le damos de alta y todo, todo por derecho».

Los compañeros, incluido Villanueva, se ríen.

–«Le dan de alta», dice. ¡En el epígrafe de mono!

Jiménez sigue.

–Total, que el hombre se queda así un poco rayado, pero dice: «¿De mono? Bueno, pues venga, lo que sea». «Ea, pues aquí tiene usted el traje de mono, puede empezar ya hoy».

Las risas cada vez son mayores. Jiménez comienza a gustarse y empieza a hacer el mono por la sala. Con lo que los demás se ríen aún más.

–El nota va con el disfraz de mono, se mete en la jaula y empieza a dar saltos, y la gente ahí jaleándolo, y el tío empieza a ponerse disfrutón. Y da saltos más grandes, y se pone a tirar para arriba los plátanos y cogerlos, se sube a un árbol y da saltos arriba, la gente loca con el mono, todo el zoo allí mirándole...

Las risas de los policías van a más.

–Y de repente, el mono en lo alto del árbol, que da un resbalón de la rama con tan mala suerte que cae en la jaula del león.

Jiménez hace un silencio dramático.

–Y el león, que estaba acostado, se levanta del castaño y empieza a andar hacia él. Y la gente: «¡Ay, por Dios! ¡El mono! Con lo gracioso que era, que se lo come el león». Y el nota, con el traje de mono, haciendo ruidos de mono para que alguien viniera y lo sacara.

Jiménez se pone a hacer el mono haciendo ruidos cada vez más intensos.

–Y el león cada vez más cerca, y la gente cada vez más agobiada. Y ya, cuando está a nada el león, grita el mono en perfecto castellano: «¡SACADME, SACADME POR DIOS!». Y coge el león, le echa la mano por lo alto y le dice: «Cállate, mamona, ¡que nos van a echar a los dos!».

Todos estallan en una sonora carcajada. Justo en ese momento, entra la comisaria con rostro serio. Se pone delante de todos ellos.

–Buenos días. Tareas habituales para todos, excepto para Jiménez y Villanueva, tenemos un robo perfecto para ustedes, bueno, sobre todo para Jiménez.

Villanueva se pone serio.

–¿Qué ha pasado, comisaria?

–Han llamado de la Hermandad del Lanzado, han entrado a robar esta noche en la iglesia.

Jiménez resopla.

–De verdad que en esta ciudad no va a quedar un jorobado con tanto susto.

Villanueva apunta en su cuaderno.

–¿Mercado negro del arte quizá?

La comisaria niega.

–Creo que no, lo veo un poco chapucero.

–¿Qué se han llevado?

–Entraron por una puerta lateral que se dejaron abierta.

Villanueva resopla.

–Es que también...

Jiménez salta.

–No se ponga así, Villanueva, que una .mandad tiene mucho trabajo, demasiadas cosas hacen.

–Se han llevado la recaudación que había, unos 600 euros, dos incensarios, algunas joyas de las imágenes, con más valor religioso que económico, la verdad, y la lanza del misterio.

Jiménez se levanta.

–¿La de Longinos?

La comisaria lo mira.

–Jiménez, no voy a caer en sus rimitas...

–No, no, comisaria, Longinos es el romano que atravesó con su lanza a Jesús cuando estaba en la cruz. El misterio del Lanzado representa ese momento. No me puedo creer que se hayan llevado la lanza, de verdad que qué

cantidad de locos tenemos, como vuelva el Quintero tiene para siete u ocho temporadas.

La comisaria lo mira con curiosidad.

—¿Esa lanza era valiosa? No me refiero a religiosamente, sino como objeto de arte.

Jiménez se encoge de hombros.

—Hombre, para los hermanos del Lanzado, desde luego, pero yo creo que no era muy antigua. Me suena que la talla del romano tendrá veinte años o así. Supongo que la podrán reemplazar por otra. ¿Por?

—No lo sé, en la hermandad prácticamente no se han preocupado por el dinero o las joyas, sin embargo, me han insistido con mucha intensidad en recuperar la lanza.

Jiménez se levanta.

—Pues no se hable más. Si una de nuestras hermandades nos necesita, ¡allí que estaremos!

La comisaria se levanta.

—No haga ninguna de las suyas, Jiménez, perfil bajo con el tema.

—Metro sesenta y dos, comisaria, más bajo no puedo ser.

—Déjese de bromas. ¡Y a trabajar!

Jiménez mira a Villanueva.

—Jefe, voy a hacer unas llamaditas, de esto me oriento yo rápido. De hecho, ya tengo un candidato...

Villanueva interrumpe.

—Bueno, si tiene un sospechoso, vamos a hablar con él, ¿no? Si es un ladronzuelo como parece, puede que se asuste.

—Se paga a euro el euro metido a que es el Gabino. Este tiene un puesto un poco piratilla en El Jueves y es más largo que la cochera del Talgo. Déjeme hacer unas llamadas para confirmar y vamos a buscarlo.

## TRES

Triana. Una mujer de unos setenta años, vestida con un *bambito* de flores, ha regado la entrada de su casa y ahora frota con un cepillo de barrer viejo y con saña la acera mojada. Habla con su vecina de enfrente, que hace lo mismo en una puerta de la otra acera.

–Pues no veas mi niño, la que ha liado en el bar.

–¿Qué le ha pasado?

–¿Que qué le ha pasado? Pues que le volvieron a robar y dijo, «Se acabó la broma, ya no me roban más».

–Uy, uy, uy. ¿Pero la policía no ha hecho nada?

–Qué va. Cuarenta veces ha llamado y siempre le decían que iban a poner más vigilancia, que un coche patrulla allí todo el día... pero qué va. *Ojana* todo. No iban nunca.

–Coño, ¿y qué es lo que ha hecho?

–Mira, ha colgado de la puerta una pancarta que pone «Cataluña Libertad», y otra que pone «Euskadi Independiente».

–¿Qué me dices?

–Dos coches de la Guardia Civil y uno de nacionales todo el día allí tiene ahora.

En ese momento, sale de una puerta pequeña de al lado un hombre de unos cincuenta y tantos años. Es calvo, extremadamente delgado, pero su cara parece la de alguien más joven. Viste un pantalón chino que tiene abrochado muy arriba, un cinturón muy apretado y una camisa de cuadros abotonada hasta arriba. En la mano derecha

lleva una pequeña maletita. Las dos mujeres cortan su conversación, el hombre pasa por el medio y saluda.

–Buenos días nos dé el Señor.

–Hola, hijo.

Las dos mujeres le ven marcharse en silencio. Cuando dobla la esquina, una se acerca a la otra.

–Qué raro es...

–Y la casa tan grande que tiene.

–¿Tú has estado?

–Yo ahí no entro ni a recoger billetes de mil duros. Pero yo creo que llega hasta detrás del todo, tú hazme caso a mí. Es muy raro, el otro día tiré la basura después de él, y la bolsa se le había abierto un poco sin que se diera cuenta y había cabezas de palomas.

–¿Qué dices?

La mujer se besa dos dedos con fuerza.

–Te lo juro. Yo no soy de cotillear, pero entra con muchas palomas. Yo no sé dónde las mete. ¿Y para qué querrá las cabezas? Ni que fueran gambas, coño.

–Déjalo, está loquito.

–Coño, pues a ningún loquito le da por cavar zanjas, por blanquear fachadas o por baldear la calle, siempre lo tenemos que hacer nosotras, vaya por Dios.

## CUATRO

San Pedro del Vaticano. En un lujoso despacho, un cardenal habla por teléfono con semblante preocupado.

—Sí, sí, entiendo perfectamente. Me parece apropiado que se haya informado a la policía, pero avise de que no se le dé ningún tipo de publicidad al robo. La lanza debe ser recuperada sin ningún tipo de escándalo. Como se puede imaginar, hermano mayor, es un asunto de máxima prioridad.

Al otro lado del teléfono, alguien habla. El cardenal escucha en silencio hasta que se despide.

—Perfecto. Sé que usted es consciente de la responsabilidad que supone tener la lanza de vuelta. Ya sabe todo el dolor que provocó las otras veces que desapareció.

## CINCO

En la sala central de la comisaría, Villanueva escucha ruido desde su mesa y se acerca a la entrada. Jiménez está rodeado de una maraña de micrófonos, cámaras y periodistas.

–A ver, los redactores, bajamos que nos tapáis a los gráficos...

Villanueva no da crédito. Se acerca, coge a Jiménez del brazo y lo saca.

–Pero, por Dios, ¿QUÉ ES LO QUE HA HECHO?

–He llamado a Paco Fradías, mi amigo que hace el programa de *Cruz de Guía* para investigar quién había robado eso y ahora resulta que lo ha soltado en Twitter, y al momento se ha montado aquí el lío. Eso sí, me dice que seguro que la tiene Gabino.

Uno de los cámaras habla.

–Señores, yo estoy en directo, que estamos con el informativo de Canal Sur, ¿vamos ya o qué pasa?

Villanueva no sabe qué hacer y se acerca.

–No, no, disculpad, es una investigación en curso y no vamos a hacer declaraciones.

Lo sentimos.

En ese momento levanta la voz un hombre rapado del grupo.

–Oiga, aquí Fran López de Guerra, esto no puede ser, ¿pero cómo no van a decir nada si se han llevado parte de un misterio? ¡Esto es gravísimo!

Jiménez llama a Villanueva.

–Jefe, la cagada está ya. Ya lo saben, vamos a hablar nosotros y lanzamos el mensaje para Gabino. Así, cuando lo cojamos está blandito. Si al final se van a enterar, le decimos a la comisaria que lo ha soltado alguno de la hermandad.

Villanueva duda.

Jiménez trata de convencerlo.

–Además, el pelón este es el de *El Llamador*, si quedamos bien, igual nos da alguno cuando los hagan, que no veas lo cotizados que están.

Villanueva sigue dudando. Jiménez le da un último empujón.

–Venga, jefe, y habla usted, que tiene piquito de oro.

Villanueva resopla, va hacia los periodistas y comienza a organizar.

–De acuerdo, vamos a dar declaraciones. Nos colocamos... ¿Estamos? Vamos allá.

Todos los cámaras se colocan como en un pelotón de fusilamiento y los periodistas con sus micros, justo delante, agachados, para no tapar a sus compañeros.

Villanueva domina la situación con Jiménez al lado.

–Bueno, ante todo, muchas gracias por asistir a los compañeros de los medios de comunicación. Os queremos informar de un robo de objetos religiosos ocurrido en la noche de ayer en una hermandad de Sevilla. Los ladrones se llevaron la recaudación, algunas joyas y algún elemento del misterio de la hermandad. Queremos trasladar un mensaje de tranquilidad a la comunidad religiosa de la ciudad dejando claro que tenemos muy avanzadas las investigaciones para identificar a los responsables, recuperar las piezas y, sobre todo, tenemos que aclarar que no se trata de ningún delito de odio religioso, sino más bien de un robo orientado al mercado negro del arte.

Jiménez parece nervioso, como si dudara si hacer algo, y finalmente interrumpe.